



concedieron á su viuda Gundeburga la eleccion de rey, y ella dió su mano y la corona á Rotaris, duque de Bresse. Este príncipe rompió las hostilidades contra los griegos, quitándoles la Liguria y el ducado de Genes: hizo esfuerzos que fueron inútiles para afirmar el poder real y quitar á los duques la eleccion de rey. Su hijo Roialdo, que le sucedió y que fué el último descendiente de Teodelinda, fué muerto por los duques, que escogieron por rey á Ariperto, hermano de Teodelinda y príncipe bávaro, que habia venido á establecerse en Italia: esta eleccion produjo una excision entre los duques, que formaron dos partidos, el bávaro y el italiano, á cuya cabeza se pusieron los duques de Benevento, y que rechazaba al príncipe extranjero. Á la muerte de Ariperto estalló una guerra civil, que desoló el reino de los lombardos por espacio de medio siglo.

Los dos hijos de Ariperto, Bertarir y Gundeberto, partieron desde luégo el poder real: pero habiendo estallado entre ellos la guerra, fueron atacados y destronados por Grimoaldo, duque de Benevento, y Garipaldo, duque de Turin. Muerto Gundeperto, y habiéndose refugiado Bertaris en la Baviera, Grimoaldo subió al trono; combatió con buen éxito contra los griegos y rechazó á los francos, que habian venido en auxilio del rey destronado; se casó á la fuerza con la hermana de los príncipes destronados, y habiéndole arrancado la nobleza nuevos privilegios, reconocieron en seguida por su sucesor á su hijo Garipaldo. Pero entonces volvió Bertaris á Italia y obligó á este príncipe á abdicar; subió él al trono y dió á su sobrino Regimperto el ducado de Turin. Á Bertaris le sucedió su hijo Cuniperto, y entonces el duque de Turin, Regimperto, que aspiraba al trono, se sublevó; pero fué vencido, y Cuniperto hizo reconocer por sucesor suyo á su hijo menor Lindeperto, que fué destronado por Ariperto II, hijo de Regimperto y último vástago de la dinastía bávara; éste hizo la guerra al partido lombardo, y muchos señores tuvieron que refugiarse en Baviera, contándose entre ellos Ausprando y su hijo Luitprando, los cuales volvieron con un ejército bávaro, destronaron á Ariperto II y Ausprando subió al trono,

que despues dejó á su hijo Luitprando; restableció la tranquilidad interior y abrió una nueva era de prosperidad y de poder para su reino.

Luitprando, que unia á un carácter enérgico y guerrero una grande ambicion, afirmó su poder, reprimiendo la demasiada independencia de los duques, y concibió el proyecto de someter á su cetro toda la Italia. Las circunstancias le favorecieron, porque el emperador Leon acababa de sembrar la discordia en su imperio con sus edictos iconoclastas; una insurreccion que hubo en Rávena contra el exarca griego entregó esta ciudad á Luitprando, y aprovechándose de las insurrecciones que tambien estallaron en Nápoles y Roma contra el emperador Leon, se hubiera apoderado de estas ciudades si el papa Gregorio II no hubiera intervenido para conservárselas al emperador griego, á quien ayudó además para reconquistar á Rávena. Más tarde, y para vengarse de excomunion lanzada por Gregorio III contra los iconoclastas, los griegos hicieron causa comun con Luitprando y sitiaron á Roma. Gregorio III imploró en vano al auxilio de Carlos Martel, y su sucesor el papa Zacarías consiguió al fin separar al rey de los lombardos de la alianza griega, y concluir con él su tratado de paz. Poco tiempo despues murió Luitprando, y Rachis, duque de Frioul, que le sucedió, mantuvo relaciones amistosas con el papa y con los griegos; pero abdicó despues de un reinado de cinco años, y se retiró á un convento del monte Casino, dejando el trono á su hermano Aistulfo.

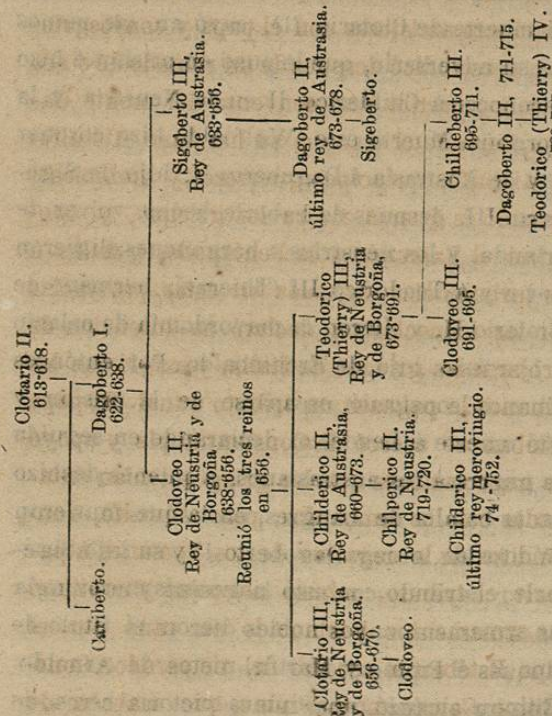
Aistulfo, príncipe guerrero y ambicioso, reanudó la guerra contra los griegos, y conquistó el Exarcado y la Pentápolis, gracias á las turbulencias causadas en estas provincias por los iconoclastas; declaró su intencion de arrojar á los griegos de Italia, y exigió que los romanos le pagasen un tributo anual. El papa Estéban se acercó á Constantinopla y apoyó las negociaciones que los griegos tenian entabladas con los lombardos, pero Aistulfo, fundándose en la negativa de los romanos á pagarle el tributo, rehusó negociar y continuó sus armamentos. Reclamado en vano por el papa Estéban el socorro del emperador Constantino Coprónimo á Pipino, que acababa de



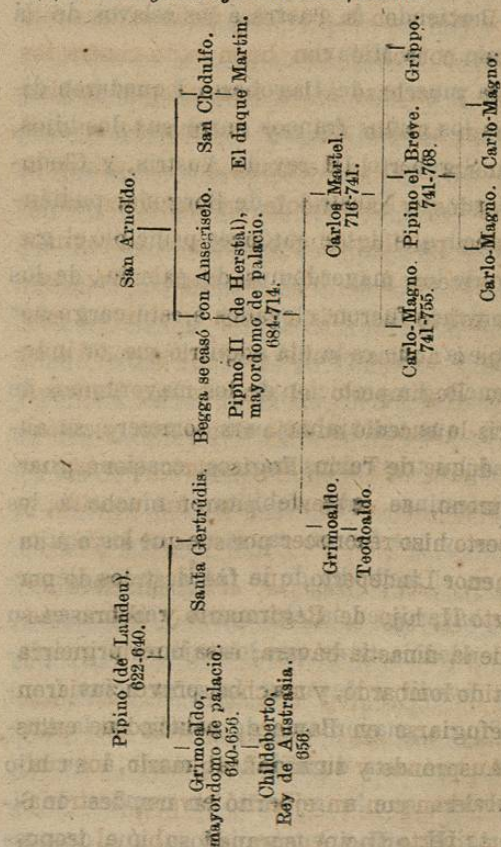
subir al trono de los francos, este príncipe entró en Italia con un ejército; obligó á Aistulfo á abandonar su conquista, y dió el exarcado y la Pentápolis á la Santa Sede, que por este mismo tiempo obtuvo la soberanía temporal en Roma. Sin embargo, Aistulfo volvió á tomar las armas y sitió de nuevo á Roma; pero atacado por Pipino, tuvo que hacer la paz mediante una buena suma de dinero. Desiderio, sucesor de Aistulfo, hizo alianza con el gobernador griego de Nápoles, contra el papa Paulo, el cual no obtuvo la paz sino despues de largas negociaciones. Sin embargo, Desiderio no abandonó el proyecto de hacerse dueño de Roma, y retuvo muchos territorios comprendidos en la donacion de Pipino; habiendo casado á una de esas con Carlo-Magno hijo y sucesor de Pipino, Desiderio no tenía que temer la intervencion de los francos; pero luégo que Carlo-Magno rompió su matrimonio, Desiderio le declaró la guerra, que terminó por la reunion del reino de los lombardos á la monarquía de los francos. Carlo-Magno tomó el título de rey de los lombardos, pero dejando á este pueblo sus leyes é instituciones.

Un nuevo periodo comenzó para los reinos francos con el reinado de Clotario II (1).

(1) Tabla genealógica de los últimos reyes merovingios.



(1) Tabla genealógica de esta familia.





bia sido mayordomo de palacio en la Austrasia, en tiempo de Teodoberto II, abrazó despues el estado eclesiástico y llegó á ser obispo de Metz. Arnolfo y Pipino ayudaron á Clotario II, rey de Neustria, á hacerse reconocer por la nobleza austrasiana, y Clotario les encargó la educacion de su hijo Dagoberto I, á quien hizo rey de Austrasia, siendo gobernado este reino por Pipino, nombrado mayordomo de palacio. Á la muerte de Clotario II Dagoberto I fué reconocido tambien en la Neustria y la Borgoña, gracias á Pipino, que impidió que el reino se repartiera entre Dagoberto y su hermano Cariberto, á quien en cambio se dieron bienes en Aquitania. Los reinos francos gozaron de gran prosperidad bajo el reinado de Dagoberto: el comercio principió á florecer, y las ferias de S. Dionisio fueron frecuentadas por los sajones, visigodos y lombardos; pero habiendo trasladado su residencia á Neustria y destituido á Pipino, pródujo el descontento de los austrasianos, que le obligaron á que les enviase á su hijo Sigeberto III, con el título de rey de Austrasia, volviendo á tomar Pipino el cargo de mayordomo de palacio en dicho reino, y haciendo la guerra á los eslavos de la Bohemia y la Moravia.

Á la muerte de Dagoberto I quedaron divididos los reinos francos entre sus dos hijos, siendo Sigeberto III rey de Austria, y Clodoveo II rey de Neustria y de Borgoña; pudiéndose decir que desde entonces principió el gobierno de los mayordomos de palacio, de los que muchos fueron elevados á este cargo por la nobleza, que cada dia adquirió mayor independencia. La ambicion de los mayordomos de palacio, que trabajaban para someter á su autoridad los tres reinos francos, ocasionó guerras intestinas, que debilitaron mucho á los francos, y que fueron causa de que los aquitanios, en el mediodía de la Galia, y los alemanes y bávaros en la Germania recobrasen su independencia, y de que los sajones principiasen á invadir y devastar las provincias francas. Pipino, mayordomo de palacio en la Austrasia, dejó esta dignidad al morir á su hijo Grimoaldo, que la gobernó en nombre de Sigeberto III, príncipe tan piadoso, que despues

de su muerte, fué contado por la Iglesia en el número de los santos; Grimoaldo dió entonces la corona á su propio hijo Childeberto, relegando á un monasterio de Irlanda á Dagoberto, hijo de Sigeberto III, á lo cual se opuso la nobleza austrasiana, en que ofreció el trono á Clodoveo II, hermano de Sigeberto y rey de Neustria y de Borgoña, á quien fueron entregados Grimoaldo y su hijo Childeberto, los cuales sufrieron la muerte, extinguiéndose de este modo la descendencia masculina de Pipino. La Neustria y la Borgoña fueron gobernadas por el mayordomo de palacio Ega, y la nobleza, que le habia elevado á este cargo, le dió por sucesor á Erchinoaldo; pero la de Borgoña escogia á Flaohat, y surgió la guerra entre los dos, quedando vencedor Erchinoaldo, que fué mayordomo de palacio en los tres reinos despues de su reunion en Clodoveo II. Muerto este príncipe en el mismo año, le sucedió en los tres reinos su primogénito Clotario III, y á la muerte de Erchinoaldo fué elegido mayordomo de palacio Ebroim; pero descontentos los austrasianos por sus violencias, le reemplazaron con Wulfoaldo y dieron la corona á Childerico II, hermano de Clotario III; esto dió lugar á una guerra entre Wulfoaldo y Ebroim; pero abandonado este último por la nobleza neustriana, despues de la muerte de Clotario III, cayó en las manos de su adversario, que le puso en prision é hizo reconocer á Childerico II en la Neustria y la Borgoña. Muerto éste, Wulfoaldo hizo coronar rey de Austrasia á Dagoberto II, hijo de Sigeberto III, despues de haberle hecho volver de Irlanda, y los neustrios y borgoñones eligieron por rey á Teodorico III (Thierry), hermano de Clotario II, y dieron la mayordomía de palacio á Leudesio, hijo de Erchinoaldo. Por entonces Ebroim consiguió escaparse de la prision y dió muerte á Leudesio, declarando en seguida la guerra á los austrasianos, á quienes deshizo en la batalla de Laugres, en la que murieron Wulfoaldo, el rey Dagoberto II y su hijo Sigeberto; cayendo con esto la dinastía merovingia en Austrasia, cuyos nobles dieron el título de duques á Pipino y Martin, nietos de Arnolfo. Ebroim alcanzó una nueva victoria cerca de



Leutfao, y luégo que murió, su sucesor Warratto sometió á los austrasianos á su autoridad, y á su muerte le sucedió su yerno Berchar. Los austrasianos se hicieron independientes, y reconocieron á Pipino por jefe (duque y príncipe de los francos): más tarde adquirió el sobrenombre de Herstal, é hizo la guerra á los neustrios y borgoñones, á quienes obligó á reconocerle por mayordomo de palacio, despues de haberlos vencido en la batalla de Testri.

Terminado el reinado merovingio en Austrasia, y reconocido allí Pipino y su descendencia por jefe supremo, dejó la corona de Neustria y Borgoña á la dinastía real, reconociendo por rey á Teodorico III (Thierry), cuyos dos hijos, Clodoveo III y Childeberto III, ocuparon el trono sucesivamente, y despues Dagoberto III, hijo de Childeberto; pero siendo todos estos príncipes incapaces de gobernar, ya por su poca edad, ya tambien por la debilidad de su carácter, gobernaban en su nombre los mayordomos de palacio, que eran nombrados por Pipino, que reunió de este modo en sus manos el poder supremo de los tres reinos francos. Pipino nombró mayordomo de palacio, de Neustria y Borgoña á Norberto, y á la muerte de éste, á su propio hijo Grimoaldo. Terminadas las guerras intestinas, Pipino hizo la guerra con buen éxito á los alemanes y bávaros, que sin embargo conservaron su independencia, y á los sajones; hizo alianza con los frisios, pero sin embargo, su hijo Grimoaldo, que se habia casado con una hija del duque de éstos, fué muerto por un frisio en la iglesia de San Lamberto en Lieja. Pipino trabajó con celo y buen resultado en la conversion de los frisios, gracias al auxilio del anglo-sajon San Willibrord, y al morir dejó por sucesor á su nieto Teodoaldo, hijo de Grimoaldo y niño de seis años de edad, á quien habia puesto bajo la tutela de su viuda Plectruda.

Á la muerte de Pipino, los neustrios y borgoñones rehusaron reconocer la autoridad de Plectruda, y nombraron mayordomo de palacio á Ragaufriedo, el cual puso sitio á Colonia, residencia de la princesa viuda; entonces los austrasianos se reunieron bajo el mando de Carlos Martel, hijo natural de Pipino, que habia sido

aprisionado por su madrastra; éste libertó á Colonia y deshizo á los neustrios y borgoñones en la batalla de Vincy por más que se habian aliado con los frisios y con Eudon, duque de Aquitania, que se habia hecho independiente de los francos durante las guerras de los mayordomos de palacio. Muertos Teodato y Dagoberto, Plectruda se reconcilia con Carlos Martel y le reconoció por heredero de su padre, y por medio de una segunda batalla obligó á los neustrios y borgoñones á reconocerle por mayordomo de palacio, dejando sin embargo el título de rey en estos reinos á príncipes merovingios como Clotario IV, á quien hizo proclamar, y despues de la batalla de Soissons, ganada á los neustrios y al duque de Aquitania, y de haber sometido á éstos y á los borgoñones, les dió por rey á Chilperico II, hijo de Childeberto II, y á su muerte le reemplazó por Teodorico IV, hijo de Dagoberto III. Carlos Martel, durante los veinte años de su reinado, estuvo casi constantemente sobre las armas; sometió de nuevo á los alemanes y bávaros, impuso un tributo anual á los sajones y concluyó una alianza con Popon, duque de los frisios, que habia abrazado el cristianismo, pero su mejor título de gloria es la batalla alcanzada de los árabes: éstos conquistaron la Septimania, y desde allí principiaron á hacer invasiones en la Aquitania: en una expedicion emprendida por Abderraman con un ejército de 400.000 hombres, y en la que los guerreros iban acompañados de sus familias, lo cual probaba su intencion de fijarse en la Galia, Eudon, duque de Aquitania, fué derrotado, y las ciudades de Toulouse, Bordeaux y Poitiers fueron tomadas por los árabes; pero en una batalla dada entre Tours y Poitiers Carlos los derrotó completamente, mereciendo por su bravura en esta batalla el sobrenombre de Martel ó Marteau (martillo), pues salvó del yugo del islamismo á la poblacion cristiana de Occidente y detuvo las conquistas de los musulmanes. Carlos Martel restableció la dominacion de los francos en Aquitania, porque el duque Eudon le reconoció como soberano y ganó nuevas batallas á los árabes, que fueron vencidos cerca de Aviñon y de Arlés. Su poder era tanto, que el rey de los lombardos Luitprando



buscó su alianza, y el papa Gregorio III le dió el título de patricio ó protector de la Iglesia romana, implorando su auxilio contra Luitprando, á lo que Carlos Martel no pudo acceder en virtud de la alianza que anteriormente tenía hecha con dicho rey de los lombardos. Durante los cuatro últimos años de su vida reinó solo, sin colocar príncipe alguno en el trono de Neustria y de Borgoña, y antes de morir dividió sus estados entre sus dos hijos mayores Carlo-Magno y Pipino el Breve, y Gripon, que era el tercero, recibió en cambio un infanzago.

Cuando á la muerte de Carlos Martel, sus hijos tomaron posesion del poder, no hubo quien levantára su voz en favor de los descendientes de Clodoveo; sin embargo, las insurrecciones de la Aquitania, de los alemanes y de los bávaros, el descontento de la nobleza y del clero, á quienes Carlos Martel habia tratado con dureza más de una vez, y las intrigas de Gripon, que reclamaba como hermano una parte en el ejercicio del poder, indujeron á Carlo-Magno y Pipino á elevar sobre el trono de los francos á Childerico III, hijo de Chilperico II, que habia estado hasta entónces encerrado en un convento. Despues de haber aprisionado á su hermano Gripon, sometieron por la fuerza de las armas á los pueblos rebeldes, y repararon las injusticias de su padre, que habia confiscado bienes eclesiásticos y habia colocado en la mayor parte de las sillas episcopales á sus compañeros de armas; en esta obra de reparacion fueron secundados por un monje anglo-sajon llamado Winfriedo, más conocido aún bajo el nombre de San Bonifacio, que habia predicado el Evangelio á los pueblos paganos de la Germania; llamado por los hijos de Carlos Martel, San Bonifacio trabajó en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica entre el clero franco, y fué promovido por el papa á la dignidad de primer arzobispo de Mayenza y de primado de la Germania.

La abdicacion de Carlo-Magno, que se retiró á un convento del monte Casino, y la muerte de Gripon, que habiendo sido puesto en libertad habia excitado á la rebelion á los alemanes, bávaros y sajones, y habia muerto hu-

yendo despues de la derrota, prepararon á Pipino el Breve el camino para el trono. Los francos, descontentos de tener por soberano un príncipe incapaz, usaron de su derecho de dar la corona por eleccion, y se la ofrecieron á Pipino, que sólo la aceptó despues de pedida y obtenida la aprobacion de Zacarias, papa. Despues de la eleccion solemne hecha en la asamblea general de Soissons, Pipino fué consagrado rey de los francos por San Bonifacio, entrando Childerico en un convento y dejando completamente de reinar sobre los francos la dinastía merovingia, sin que pueda decirse que Pipino el Breve subió al trono por una usurpacion, como pretenden algunos autores modernos.

El reinado de Pipino el Breve hace época en la historia de la civilizacion europea, porque por una parte este príncipe acabó la fundacion del poderoso reino germánico, afirmando su autoridad sobre la Galia y una parte de la Germania, y preparando de este modo el glorioso reinado de su hijo, y por otra interviniendo en los negocios políticos de Italia, aseguró á la Santa Sede la independencia temporal, que tan poderosamente debia contribuir al desenvolvimiento de la sociedad católica. Llamado por el papa Estéban, que habia reclamado en vano el auxilio del emperador Constantino Coprónimo contra Aistulfo rey de los lombardos, Pipino pasó los Alpes con un numeroso ejército, y tomó á Aistulfo el exarcado de Rávena y la Pentápolis, haciendo donacion de estas provincias en propiedad plena y entera á la Santa Sede y á los soberanos pontífices, á los que el pueblo romano, negándose á reconocer la autoridad de los emperadores griegos de Constantinopla, que como iconoclastas se habian hecho odiosos por sus persecuciones contra la Iglesia, ofreció en la misma época la soberania de Roma y su territorio; careciendo por consiguiente de fundamento el aserto de los que dicen que los soberanos pontífices se hicieron soberanos temporales, usurpando los derechos de los emperadores de Constantinopla.

Pipino trató de propagar el cristianismo entre los frisios y sajones, y San Bonifacio abandonó su silla para ir á predicar el evangelio á estos pueblos, siendo muerto cerca de



Doccum por una turba de paganos; tuvo guerra con los sajones é impuso un tributo anual á todas las tribus establecidas entre el Rhin y el Wesser; sometió á los bretones despues de haber tomado á Vannes, y habiendo habido en la Septimania una insurreccion contra la dominacion árabe, la poblacion cristiana llamó á Pipino en su auxilio y tomó á Narbona, arrojando á los árabes al otro lado de los Pirineos; el duque Vaifre de Aquitania se sublevó tambien, pero murió despues de una guerra de ocho años, quedando suprimido el ducado, que en adelante estuvo gobernado por condes francos. Pipino ántes de morir dividió el reino entre sus dos hijos Carlos y Carlo-Magno.

En las constituciones de los reinos fundados por los pueblos germánicos en las antiguas provincias del imperio romano, se hallan tres elementos distintos, la organizacion de la banda guerrera, la de la tribu germana y la del imperio romano; muchos de estos pueblos habian sido fundados por bandas guerreras, que despues habian sido seguidas por pueblos enteros. Las constituciones eran monarquías electivas con dinastías ó familias reales, de las cuales se escogia el rey, y cuando se acababa una dinastía, la eleccion se hacia indistintamente entre las familias nobles; el derecho de eleccion sólo le poseia la nobleza, que prestaba juramento de fidelidad al rey y formaba el principal apoyo del trono. La nobleza y el alto clero ejercian una grande influencia en el gobierno. El rey tenia propiedades territoriales muy extensas, de las que una parte era cedida ya á los obispos, ya á los principales señores legos. Las tres clases de personas que existian en los pueblos germánicos ántes de la conquista, se hallaban tambien en los nuevos reinos; los nobles, los hombres libres, que para serlo necesitaban tener una tierra libre llamada *franc allend*, y el derecho de llevar las armas y los siervos, que lo eran la mayor parte de los que formaban la poblacion agrícola y que cultivaban las tierras de los nobles, pagando una renta anual por las que explotaban en su beneficio.

La esclavitud fué dulcificada y casi completamente abolida despues de la conversion

al cristianismo de los pueblos germánicos, y reemplazada por la servidumbre, que garantizaba la libertad de las personas. Una ó dos veces al año, el rey reunia en asamblea general á todos los hombres libres, para dar cuenta de los asuntos importantes y oír la opinion de la nacion. Los ministeriales ó siervos domésticos de los grandes señores y de los reyes llegaron á obtener tanta consideracion, que los hombres libres y hasta los nobles entraron al servicio personal del rey; el mayordomo de palacio no era en un principio más que el primero de los siervos domésticos del rey; pero la importancia de este cargo creció hasta el punto de ser ambicionado por la nobleza, y de ser el que preparó el camino para el trono á Pipino el Breve.

En los reinos germánicos un lazo especial unia las dos principales clases, el clero y la nobleza, al rey, y este lazo era el de la feudalidad ó fidelidad. El rey, dueño por la conquista de todos los bienes pertenecientes al Estado, cedia el usufructo temporal de algunos bienes raices á los miembros del alto clero y de la nobleza, haciéndose éstos de este modo vasallos ó fieles, y tomando él á su vez el nombre de soberano ó señor; estas relaciones feudales impusieron deberes á los vasallos, entre las que se cuentan la de prestar juramento de fidelidad al soberano, y la de acompañarle á la guerra con un número de hombres determinado, con arreglo á la importancia de los bienes que les habian sido concedidos; estos bienes tomaron el nombre de feudos, y el acto de su concesion se llamó investidura. El lazo que unia al vasallo con el soberano era puramente personal, y quedaba roto con la muerte de uno ú otro, debiendo intervenir entónces una nueva investidura y quedando en libertad el soberano para darla ó rehusarla al vasallo; cuando el vasallo faltaba á sus deberes para con su señor, era declarado felon y se le podia retirar el feudo; más tarde, los feudos se hicieron hereditarios, y con esto el régimen feudal sufrió un cambio fundamental. Los individuos más ricos y más influyentes del clero y de la nobleza, imitando el ejemplo dado por el rey, concedieron á su vez feudos á hombres libres, que se hacian de



este modo sus vasallos y eran llamados retrofeudatarios del rey; de este modo fué disminuyendo el número de los hombres libres, que se hacían vasallos de un señor cualquiera, con el objeto de alcanzar su protección. El régimen feudal ponía á disposición del rey un ejército, que le era debido y que podía convocar sin consultar ántes con la asamblea general del pueblo; este ejército, llamado feudal, era completamente distinto del nacional, que estaba formado por todos los hombres libres.

La administración de los pueblos germánicos tenía por base la del imperio romano, y los nuevos reinos que formaban estaban divididos en ducados; éstos en condados, que á su vez se dividían en centurias, y éstas en barrios; los duques, condes, centuriones y decanos estaban encargados de la administración civil y judicial; pero los bienes de los reyes y los feudos reales estaban exentos de esta jurisdicción, y un privilegio de inmunidad les ponía exclusivamente bajo la de los señores, tomando de aquí origen la jurisdicción señorial. Todos los hombres libres tenían derecho para sentarse en los tribunales y tomar parte en los juicios; mas luégo que principiaron á faltar se escogió anualmente cierto número de ellos, que estaba obligado á asistir al tribunal y á éstos se les llamaba regidores (scabini, de *scapan* juzgar). Había además el tribunal del rey y la corte feudal; pero los diversos tribunales no se diferenciaban en cuanto á su competencia sino en cuanto á la extensión de su jurisdicción; la

corte feudal juzgaba todo lo que se relacionaba á la jerarquía feudal. Todos los hombres libres tenían el derecho de vengar con las armas sus ofensas personales; pero las multas fijadas por las leyes restringieron algo este derecho, porque se entendía que renunciaba á él todo el que aceptaba la multa, cuyo importe variaba según fuese el delito y la persona agraviada. Las legislaciones en los reinos germánicos no eran territoriales sino personales; el respeto que los germanos profesaban á la libertad individual les hizo permitir que cada cual fuese regido por las leyes bajo cuyo imperio había nacido, ó bajo las que se colocaba voluntariamente entrando en un estado regido por una legislación especial, y así se explica la existencia de legislaciones distintas en un mismo reino, y que la población romana se rigiese por el derecho romano, el clero por el derecho canónico y los pueblos germánicos por sus leyes especiales, que principiaron á consignarse por escrito luégo que se pusieron en contacto con los romanos y se convirtieron al cristianismo; entre éstas, las más notables son el Fuero Juzgo, la ley sálica y la de los Ripuarios; la de los alemanes, bávaros, visigodos, borgoñones, lombardos, frisios y anglo-sajones. Mientras que de este modo se establecía un nuevo orden político en Occidente, el Oriente sufría una completa transformación bajo la influencia del islamismo, que acabó, como veremos, por invadir la mitad del mundo civilizado.

CAPÍTULO V

ESPAÑA DESDE ATAULFO HASTA EURICO, DE 414 Á 466.

Procedencia de las tribus bárbaras que se apoderaron de nuestro suelo.—Primeros reyes godos que vinieron á España.—Ataulfo.—Sigerico.—Walia.—Combate Walia á los vándalos y alanos, y los vence.—Cédele Honorio la Segunda Aquitania, y fija su corte en Tolosa.—Teodoro.—Famosa irrupción de los hunos.—Atila.—Célebre batalla de los Campos Cataláunicos.—Proclamación de Torismundo.—Sucédele Teodorico.—Derrota á los suevos de Galicia.—Saqueo de Braga y de Astorga.—Eurico.—Alarico.—Su Código.—El reino godo hasta Leovigildo.

Multitud de tribus bárbaras invaden el imperio y se han desparramado por sus regiones y aún no ha acabado el Septentrion de brotar hordas salvajes. Algunas de ellas han franqueado la barrera de los Pirineos y lanzádose sobre España (1). Se han repartido entre sí sus provincias. España ni es ya romana, ni ha dejado todavía de serlo: ni es vándala, ni alana, ni sueva, ni goda. Cada uno de estos pueblos ocupa una parte de la Península. ¿Pero cuáles son sus respectivos límites? Ni los puede fijar el historiador, ni lo saben ellos mismos. Su índole es la movilidad; conquistan, saquean y emigran á otra parte; su patria es el territorio que poseen. Pelean entre sí y con los antiguos poseedores, hacen alianzas y las deshacen, se ayudan y se hostilizan, según lo aconseja el interés del momento. Es un estado de fermentación social. Y la misma confusión que agita al mundo en lo material y físico, reina en los principios políticos y religiosos. Las naciones marchan lentamente hácia su fin al través de

(1) Lafuente, *Historia de España*, tomo I, páginas 442 y sigs.

este caos; esta confusión ha de traer un orden nuevo al mundo, y de aquí ha de nacer para España una monarquía propia que hasta ahora no ha tenido. Para apreciar debidamente la revolución que va á obrarse, menester es que digamos algo de la procedencia y carácter de los nuevos invasores.

Ya no se duda que el movimiento de emigración de esas grandes masas de hombres que inundaron el norte de Europa para desde allí derramarse por Mediodía y Occidente, partió del Asia, cuna y semillero del género humano. Tiempo hacia que estas masas de tribus bárbaras, empujadas por otras que sucesivamente iban emigrando del Asia superior, de la Escitia ó Tartaria, vivían en las heladas regiones de la Escandinavia ó Suecia, de la Dinamarca, de la Rusia y de la Germania, difundidas y como escalonadas desde la extremidad septentrional de Europa hasta las fronteras del imperio romano. La Providencia parecía haberlas colocado allí, como queriendo tenerlas dispuestas para la misión que un día había de encomendarlas. La superabundancia de población, unida á la esterilidad de aquellos helados y ri-